

SEGUNDA SECCIÓN  
CAMBIO DE RÉGIMEN EN LA HISTORIA DE MÉXICO



## LA REVOLUCIÓN MEXICANA: LOGROS Y LIMITACIONES

ENRIQUE SEMO\*

Comencemos por preguntarnos ¿cómo se evalúa una revolución y sus efectos en la sociedad? Existen varios criterios. El primero y más importante es definir qué fuerzas participaron en el estremecedor suceso. Para entrar al tema podemos comenzar por hacernos tres preguntas: ¿contra quién fue hecha la revolución? ¿Por quién fue hecha? y ¿para quién fue hecha?<sup>1</sup>

Los enemigos a vencer por la Revolución mexicana fueron varios, sobre todo en un país dependiente en el cual el capital extranjero juega un papel muy importante y existen mafias de poder locales vigorosas. Los actores de la Revolución (o sea por quién fue hecha) actuaron a veces en alianzas de clases, y otras congregadas alrededor de un caudillo que lograba atraer a diversos sectores de la sociedad en constelaciones heterogéneas. Si a esto se agregan las diferencias regionales que tan importantes son en México, la complejidad de la tarea se antoja formidable. Durante la Revolución algunas clases mostraron gran madurez y capacidad de acción político-militar, como el campesinado mexicano, otras en cambio eran clases emergentes, como la obrera, y aunque supieron defender sus intereses económicos su acción política fue errática. La tercera pregunta es: ¿quién se establece como clase dominante y es la beneficiaria real? En una revolución pluriclasista como la mexicana esta pregunta es fundamental: si no se responde, la Revolución aparece como una pluralidad infinita de posibilidades expresadas en utopías y conductas radicales que se lograron o no por los defectos o cualidades de los caudillos o dirigentes. Este enfoque desemboca en las prolíficas biografías de las figuras principales, con sus cualidades y defectos y se

\* Facultad de Economía de la Universidad Nacional Autónoma de México.

<sup>1</sup> Véase Enrique González Rojo, *Para una teoría de la Revolución social y otros ensayos*, t. III, *Obra filosófico-política*, México, Domés, 1987, pp. 24-30.

agota en discusiones sin fin sobre los méritos y deméritos de Madero, Zapata, Carranza, Cárdenas y los líderes revolucionarios en general. En última instancia este enfoque, que otorga al caudillo una importancia ilimitada ocultando el proceso profundo, oculto, que determina límites y posibilidades al dirigente, está más que agotado. La imagen inmensamente diversa, contradictoria y aparentemente inescrutable sólo cobra sentido cuando se definen rigurosamente las grandes fuerzas sociales que participan en el drama y los factores nacionales e internacionales concretos que actúan sobre ellas.

El segundo criterio debe responder a la pregunta: ¿qué efectos tuvo la revolución sobre el desarrollo subsiguiente de la nación? Tampoco esta interrogante es fácil de responder. ¿Los efectos de la revolución a corto, mediano o largo plazos? ¿Cómo distinguir entre los efectos de auges o estancamientos económicos que poco tienen que ver con la Revolución misma? ¿Cómo separar la Revolución de la contrarrevolución que generalmente le sucede y se empeña en cambiar el rumbo de acuerdo con los intereses de las clases o elites dominantes? Es evidente que no podemos contestar a todas estas preguntas y que nos limitaremos a sugerencias que estimulen el pensamiento.

La Revolución mexicana de 1910 fue en primer lugar un movimiento dirigido contra la dictadura de Porfirio Díaz, la oligarquía burguesa-terrateniente que después de casi un siglo de desarrollo se había acabado de consolidar durante el Porfiriato. En el campo, los terratenientes estimulados por el crecimiento del mercado nacional e internacional de alimentos, café, azúcar, verduras y carne, así como materias primas como el henequén y el algodón, se lanzaron a expandir sus propiedades a costa de las comunidades campesinas sobrevivientes, llegando casi a destruirlas. Los otros sectores de esta oligarquía, comerciantes, financieros e industriales, protagonizaron un acelerado desarrollo de las comunicaciones, la minería, la industria y la banca, tolerando una estructura completamente dependiente. Los intereses extranjeros que controlaban las inversiones y los préstamos, que fueron el principal motor del desarrollo, acabaron controlando el sector moderno de la economía. La injerencia de estos intereses extranjeros fue constante y muchas veces directa, otras, se canalizó a través del gobierno estadounidense. Pero estuvo presente a todo lo largo de la Revolución (1910-1940). Después de apostar a la vieja oligarquía se vieron obligados a escoger, entre los diferentes ejércitos revolucionarios, aquel que más respondía a sus intereses. Una vez constituidos, los gobiernos revolucionarios ejercieron por todas las vías presión para defender, consolidar e incluso acrecentar su influencia. Las oligarquías locales que controlaban los estados adoptaron actitudes diferentes de acuerdo con el desarrollo de las luchas en su enti-

dad, oponiéndose a la revolución o apoyando activamente a alguno de sus contingentes.

Al estallar la Revolución, la oligarquía nacional resistió. Al final de la primera etapa asesinó a Francisco I. Madero, dirigente principal del movimiento y presidente electo. Se formó una amplia alianza revolucionaria que derrota al ejército federal en una lucha que duró de 1911 a 1914. A partir de esa última fecha, el Ejército Constitucionalista en el cual convivían un sector de la oligarquía y la pequeña burguesía, dirigido por Venustiano Carranza, es enfrentado por los líderes campesinos Emiliano Zapata y Francisco Villa. La lucha dura hasta los años 1916-1919 y termina con la derrota de los ejércitos campesinos. Ni Díaz ni los gobernantes que lo rodeaban fueron juzgados. Ningún terrateniente o potentado de la oligarquía porfiriana fue expropiado. Exiliados, escondidos en México o participantes en la Revolución en el bando constitucionalista, la gran mayoría sobrevivió al vendaval.

¿Por quién fue hecha la Revolución? El principal actor de la misma fueron los campesinos mexicanos. El campesinado que representaba una masa muy heterogénea con diferencias importantes entre el norte, el centro y el sur constituyó la base de todos los ejércitos revolucionarios, incluyendo el Constitucionalista. Algunos dirigentes salieron del campo y otros de la clase media. Sus demandas principales eran tierra, agua, escuelas, autonomía para sus comunidades e igualdad racial y étnica. Nunca pudieron resolver el enigma del poder nacional. La naciente clase obrera, que tuvo un papel importante en el estallido de la Revolución, perdió el camino y actuó en gran parte como reserva del Ejército Constitucionalista. La clase media revolucionaria, tanto la rural como la urbana, proporcionó a muchos de los dirigentes revolucionarios. Sobre todo los generales y los profesionistas jugaron un papel importante en la formación de los nuevos cuadros dirigentes de los primeros gobiernos revolucionarios. A partir de la llegada de Obregón a la presidencia en 1920, los gobiernos mexicanos pertenecen a la categoría de lo que se ha llamado el *caudillismo revolucionario*. La voluntad del caudillo surgido de las filas revolucionarias impone su huella decisiva a la vida política y aplasta o bien coopta a los partidos o a otras organizaciones como sindicatos o centrales campesinas. Este régimen fue posible por el relativo equilibrio que se constituye entre las diferentes fuerzas de la sociedad. Los campesinos fueron derrotados militarmente, los obreros eran incapaces de llevar una política proletaria, pero estaban activos en toda la República con suertes diferentes. A nivel regional, grupos campesinos dirigidos por revolucionarios radicales cambiaron el ambiente, la cultura y la conciencia nacional. El gobernador Adalberto Tejeda, de Veracruz, fomentaba la organización de los sindicatos, las ligas agrarias y los partidos

socialistas. Aliado al partido comunista impulsó la reforma agraria. Ligas agrarias similares surgieron en Michoacán, Aguascalientes, Chiapas y muchos otros estados; el gobernador de Yucatán, Felipe Carrillo Puerto, que fue electo en 1922, proclamó “el primer gobierno socialista de las Américas” y organizó a los campesinos mayas para una reforma agraria avanzada y la creación de sindicatos de los trabajadores rurales, así como el Partido Socialista del Suroeste. En el estado de Tabasco, Tomás Garrido Canabal organizó federaciones de campesinos y formó el Partido Socialista de Tabasco. En el estado de Tamaulipas, Emilio Portes Gil fundó su Partido Socialista de la Frontera e inició una campaña para formar el “nuevo ciudadano mexicano”. Trató de reducir los juegos de azar, la prostitución y otros vicios que calificó de contrarrevolucionarios. Pero nada de eso logró la continuidad. A los gobernadores revolucionarios seguían los moderados o conservadores. Las fuerzas oligárquicas de Chiapas tomaron el poder disfrazándose de revolucionarios.<sup>2</sup>

La nueva-vieja burguesía en formación o bien estaba en contra de los gobiernos posrevolucionarios o bien no era capaz de hacerse cargo del poder en las condiciones sumamente difíciles existentes. El vacío lo llenaron los caudillos revolucionarios como Obregón o Calles, estrechamente ligados al ejército, capaces de atraer constelaciones extraordinariamente variadas de fuerzas, incluyendo campesinos y obreros organizados. Pero esto no duró mucho tiempo.

Pasemos ahora a la tercera pregunta: ¿para quién fue hecha la revolución? Desde 1920 comenzó a formarse una burguesía nacional en la cual los terratenientes pasaron a segundo término y el industrial, el comerciante y el banquero jugaban el papel central. Su composición incluía tanto los empresarios privados como los administradores profesionales de las empresas estatales. La fuerza campesina que no se rindió ante la derrota militar formó una corriente agrarista que participó activamente en política en los años veinte y treinta y acabó integrándose en condiciones corporativas en el Estado, no sin antes lograr importantes concesiones en la reforma agraria. El sector obrero, que creció considerablemente durante el proceso de industrialización, mejoró sus condiciones. También acabó por participar en el Estado mientras sus sindicatos eran sometidos al pacto corporativo.

El nuevo Estado pasó a construir un capitalismo marcado por concesiones económicas a las clases subordinadas. La muy preciada merced de la paz sólo pudo ser lograda por medio de concesiones a las clases subordinadas. La burguesía no necesita participar en la Revolución para imponer

<sup>2</sup> Thomas Benjamin, “Rebuilding the Nation”, en Michael Meyer y William Beesley (eds.), *The Oxford History of Mexico*, Oxford, Oxford University Press, 2000, p. 474.

en ésta su dominio. Es más, en ningún lado y en ninguna época se ha visto a una burguesía comercial o industrial dirigir una revolución. Su dominio se impone por medios económicos y políticos. En México se formó gracias a un proceso intensivo de acumulación primitiva en el seno del Estado, así como el largo auge posterior a la Revolución.

La constelación de las fuerzas conservadoras del siglo XIX, la Iglesia Católica, los terratenientes, los capitalistas extranjeros y la alta oficialidad militar, así como la hacienda y el modo de vida ligado a ella, fue seriamente debilitada. El capital extranjero tuvo que sacar sus conclusiones de las expropiaciones de tierras, recursos naturales y ramas vitales de la economía. Durante las tres décadas posteriores al estallido revolucionario, una relación de fuerzas en la cual la nueva burguesía llevaba la voz cantante y el capital extranjero restablecía su papel fue establecida. Los hombres del grupo sonoreño tenían una cultura burguesa bastante bien definida y participaban en negocios. Durante su presidencia, Plutarco Elías Calles se había referido a la reforma agraria en los siguientes términos:

Tenemos la obligación de confesar [...] que el agrarismo, tal como lo hemos entendido y practicado hasta ahora, es un fracaso. La felicidad de los hombres del campo no consiste en entregarles un pedazo de tierra, si les falta la preparación y los elementos necesario para cultivarla. Antes bien, por ese camino los llevamos al desastre, porque les creamos pretensiones y fomentamos su holgazanería [...] Hasta ahora, hemos venido dando tierras a diestro y siniestro, sin que éstas produzcan nada sino crear a la nación un compromiso pavoroso [...] Es necesario poner un hasta aquí a nuestros fracasos. Es necesario que cada uno de los gobiernos de los estados fije un término más o menos corto dentro del cual los pueblos que conforme a la ley tengan derecho todavía puedan pedir sus tierras; pero para ese término ni una palabra más sobre el particular. Entonces dar garantías a todo el mundo, pequeños y grandes agricultores, para que surja la iniciativa y el crédito público.<sup>3</sup>

Así se definieron claramente los dos campos que lucharían incansablemente para definir la suerte del capitalismo en el campo. Los partidarios de la productividad, la eficiencia, la iniciativa individual y el capital, y por el otro lado, los campesinos que querían antes que nada la tierra y la ayuda del Estado para trabajarla.

Después de 1940 la conciencia del carácter burgués y los límites verdaderos de la Revolución se abrió paso. En 1949 Silva Herzog captaba el proceso de formación de la nueva burguesía y su conversión en la principal beneficiaria de la Revolución.

<sup>3</sup> Gustavo Esteva, *La batalla en el México rural*, México, Siglo XXI, 1980, p. 44.

El número de nuevos ricos y de ricos viejos cada vez más ricos creció poco a poco durante dos décadas: de 1921 a 1940. El progreso económico del país favoreció la capitalización interna y a los capitalistas. Éstos pueden clasificarse así: generales y políticos que participaron en la Revolución y que ocuparon después de la victoria elevados puestos civiles o militares; banqueros de manga ancha para invertir en turbios negocios o “coyotes”, viejos y nuevos comerciantes, amigos, parientes o compadres de altos funcionarios públicos, favoritos de éstos y preferidos en la compra de mercancías para el gobierno o en los contratos para la construcción de obras públicas; industriales protegidos por las tarifas arancelarias y la simpatía gubernamental; traficantes de toda laya enriquecidos sin violar la ética flexible de la sociedad capitalista. Lo importante es que unos y otros, que todos ellos formaron una clase social poderosa, emprendedora, agresiva y fuertemente ligada por lazos de solidaridad y comunidad de intereses. Esta burguesía se fue estructurando despacio, dando pasos seguros, con firmeza; influyendo cada vez más en los medios de propaganda y en la vida económica de la República. Y hay que recordar que quienes influyen en el campo económico de una nación influyen, quiérase o no, en su vida política.<sup>4</sup> [Y continuaba] Cárdenas dio el mayor jalón que era posible dar a favor de los intereses populares y de la independencia económica de México. Durante su gobierno, en 1938, la Revolución mexicana llegó a su culminación, después el descenso, la crisis, la agonía y la muerte.<sup>5</sup>

En este texto establecía dos cosas muy claras: que la Revolución había terminado en 1938, antes del final del régimen de Cárdenas, de quien era partidario, y después la contrarrevolución; y que los principales beneficiarios del movimiento eran los miembros de la nueva-vieja burguesía. A la pregunta: “Después de la lucha revolucionaria y la acción de los gobiernos revolucionarios ¿se ha logrado mejorar las condiciones de vida del pueblo mexicano?”, el mismo Jesús Silva Herzog contestaba en 1944:

En nuestra opinión la respuesta es tímidamente afirmativa algo se ha hecho, pero mucho menos, muchísimo menos, de lo que hubiera podido hacerse [...] el nivel de vida del obrero calificado que trabaja en las grandes industrias se ha elevado un poco, en términos generales; se ha elevado un poco también la economía del campesino en algunas zonas agrícolas; empero un número considerable de habitantes de las ciudades y de los campos, que

<sup>4</sup> Jesús Silva Herzog, “La Revolución mexicana es ya un hecho histórico”, en *Cuadernos Americanos*, XLVII, septiembre-octubre, 1949, pp. 7-16, y en Stanley R. Ross (comp.), *¿Ha muerto la Revolución mexicana?*, t. 2, México, SepSetentas, 1972, pp. 134-135.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 132.

tal vez forman mayoría, no han aumentado su salario real, no han participado de los beneficios de la obra revolucionaria [...].<sup>6</sup>

Es evidente que Silva Herzog consideraba los beneficios obtenidos por el pueblo trabajador como mínimos, como los necesarios para procurar la paz, pero no los suficientes para cambiar definitivamente su situación. Cosío Villegas, en un artículo en *Cuadernos Americanos* de 1947, después de enumerar los objetivos que se propuso la revolución en forma “vaga y repetitiva pero eficaz” (en sus palabras), decía:

Esas tesis parecen hoy lugares comunes y candorosos por añadidura; lo son para los poquísimos que siguen creyendo en ellas, y más por supuesto para quien las admitiría en el papel impreso del libro pero nunca en la realidad histórica de México. En su tiempo, sin embargo, no sólo fueron novedades, sino que correspondían tan genuina y tan hondamente a las necesidades del país [...] Por qué y cuándo se agotó el programa de la Revolución mexicana es un capítulo bien doloroso de nuestra historia; pues no sólo el país ha perdido su impulso motor, sin lograr hasta ahora sustituirlo, sino que este fracaso es una de las pruebas más claras a que se ha sometido el genio creador mexicano [...] y las conclusiones no pueden ser más desalentadoras.<sup>7</sup>

Cosío Villegas confundía el ascenso inevitable de la nueva burguesía con “el fracaso del genio creador mexicano”, pero su afirmación era en general correcta.

Por su parte, José Alvarado ironizaba sobre la nueva burguesía:

[...] Adelita, aquel símbolo marcial y romántico de las luchas rebeldes está convertida hoy en una opulenta, obesa y acaso diabética doña Adela. Y doña Adela ya no monta a caballo porque su reumatismo no se lo permite. Ahora se dedica a los recuerdos y al recuento de sus ganancias.<sup>8</sup>

En otro tono, Frank Brandenburg señala la sobrevivencia de varios grupos empresariales del Porfiriato, como el de Isaac Garza en la cerveza y la fabricación de vidrio; A. Prieto y sus asociados mexicanos con la Compañía Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey; De la Macorra y Lenz, que habían aplicado tecnología alemana a las fábricas de papel de San Rafael; el grupo textil CIDOSA de Thomas Braniff con sus fábricas en Orizaba, entre

<sup>6</sup> Jesús Silva Herzog, “La Revolución mexicana en crisis”, México, 1944, citada en *Problemas Agrícolas e Industriales de México*, núm. 2, vol. V, México, abril-junio de 1953, p. 365.

<sup>7</sup> Daniel Cosío Villegas, en Stanley R. Ross, *op. cit.*, pp. 104-105.

<sup>8</sup> José Alvarado, “Adelita es ahora doña Adela”, en *Siempre!*, núm. 74, 24 de noviembre de 1954, p. 24.

muchos otros. Y continúa señalando que a partir de 1930 surgieron muchos otros consorcios como los de Emilio Azcárraga en la radio, la electrónica y la industria de cine; Rómulo O'Farrill en el armado de automóviles; Eloy Vallina en el Banco Comercial Mexicano, inclinado a apoyar la industria. A estos ejemplos hay que agregar los nombres de Carlos Trouyet, Garza Sada, William Jenkins, Luis Aguilar, Antonio Ruiz Galindo y otros. A diferencia de lo que sostienen algunos autores, Cárdenas apoyó a estos grupos y algunos de ellos incluso surgieron en su época.<sup>9</sup>

La nueva y vieja burguesía dominó, antes del fin de la Revolución, los sectores de la economía no controlados por el Estado o el capital extranjero y pronto los administradores de las empresas estatales se sumaron, más o menos abiertamente, a formar parte de ella. Nunca dejó de haber fricciones entre los dos sectores, pero éstas no trascendían el proyecto capitalista de desarrollo. La Revolución fue en realidad lo que la relación de fuerzas entre las clases le permitió ser: la partera del capitalismo industrial subdesarrollado mexicano. Pero como la derrota y destrucción del régimen porfiriano fue logrado por las clases populares, éstas obtuvieron muchas e importantes concesiones, imponiendo su presencia en la cultura mucho más que en el poder. La Revolución mexicana acabó siendo una revolución democrática burguesa y sólo se le puede evaluar como tal. Las masas subordinadas no tuvieron, en ningún momento, la posibilidad de transformarse en elemento dominante. Pero es impresionante su incapacidad para formar organizaciones de clase que eran muy verticales y acababan en las manos de caudillos que las usaban para su propio provecho. La importancia de las concesiones también exige una evaluación. La imagen que surge de ese ejercicio demuestra que, tanto como revolución democrática burguesa, como en sus concesiones a los trabajadores, fue una revolución llena de éxitos y fracasos en los que quizá los segundos fueron más perdurables que los primeros.

La ideología oficial priista transformó a la Revolución mexicana en una revolución permanente que seguía en marcha hasta la década de los ochenta.<sup>10</sup> Pero muchos estudiosos y observadores consideraron esa visión como un artificio ideológico. La mayoría de ellos fijaban el límite de ésta en 1940 o incluso en 1938. Stanley R. Ross consideraba esas fechas como el principio del Termidor mexicano y decía que éste presenta “muchas si bien no todas las características de las ilustraciones clásicas de esta fase, incluso la transformación de palabras hermosas en lemas que posteriormente termi-

<sup>9</sup> Frank Brandenburg, *The Making of Modern Mexico*, Englewood Cliffs, N.J., Prentice-Hall, 1964, pp. 265-266.

<sup>10</sup> Véase Thomas Benjamin, *La Revolución*, Austin, University of Texas Press, 2000.

nan en inscripciones de edificios públicos”.<sup>11</sup> La Revolución en efecto terminó su labor destructiva y constructiva fundamental en 1940. Después de esa fecha se inicia una *contrarrevolución de terciopelo* que debía durar unos 20 años, durante los cuales las clases subordinadas perdieron su independencia política y mucho de lo conseguido, la nueva burguesía afianzó definitivamente su supremacía y el capital extranjero recuperó su influencia.

Y ahora hagamos un breve balance de la revolución por sectores, sin dejar de apuntar que desde 1940 —y posiblemente antes— se produjo una coyuntura mundial en que casi todos los países latinoamericanos se desarrollaron, primero con cierta lentitud y después en una larga etapa de crecimiento sostenido sin precedente. Dice Víctor L. Urquidi:

Durante los años cincuenta y sesenta y aun una parte de los setenta, o sea casi 30 años, la región latinoamericana experimentó una constante expansión económica, expresada en aspectos importantes de modernización e industrialización [...] mejoramiento en la agricultura comercial y ampliación extensa de la infraestructura.<sup>12</sup>

Por lo tanto, no todo lo logrado en ese periodo puede adjudicarse a la revolución. González Casanova, al comparar los índices económicos y sociales de México con los de Chile y Argentina para el mismo periodo, concluye que su producto nacional bruto per cápita era en 1960 inferior a los de Argentina, Chile, Venezuela y Panamá, y que si bien estadísticas comparadas sobre mortalidad, analfabetismo, desnutrición, población ocupada en la agricultura, distribución del ingreso son mejores que en la mayoría de los países latinoamericanos, no superan los límites del subdesarrollo que caracterizan al subcontinente.

La Constitución de 1917 definió a la democracia no sólo como una estructura jurídica, sino por encima de esto, como un sistema de vida fundado en la continua mejoría de la vida del pueblo en una forma en que la distinción entre “lo político” y “lo económico” era muy difícil. Desgraciadamente, esta inmensa aportación a la legislación democrática mundial de principios del siglo XX no se hizo realidad. A partir de 1940 las clases subordinadas fueron perdiendo presencia y la “familia revolucionaria” fue imponiendo su rumbo. En el México industrial, el principio de la igualdad política fue limitado drásticamente por un Estado autoritario y clientelar, así como el dominio de un solo partido. En cuanto a la igualdad económica fue y hasta hoy es vulnerada sistemáticamente por una desigualdad extrema entre pobres y ricos

<sup>11</sup> Ross, *op. cit.*, pp. 41-42.

<sup>12</sup> Víctor L. Urquidi, *Otro siglo perdido. Las políticas de desarrollo en América Latina (1930-2005)*, México, Colegio de México/Fondo de Cultura Económica, 2005, p. 25.

que se reproduce sin dificultad aparente. Las estructuras en las que se apoya este fracaso estaban ya plenamente constituidas en los años de 1940-1950. Esta contradicción flagrante entre la palabra radical y la realidad capitalista aumentaría a medida que la nueva burguesía se afianzaba.

En buena parte debido a la revolución, las “fuerzas naturales” del mercado no lograron dominar plenamente el periodo de industrialización debido a la acción del Estado que se propuso corregirlas para frenar la dependencia y responder a necesidades sociales urgentes. El Estado construyó una infraestructura importante, creó servicios sociales nuevos y fue ampliando su papel en la inversión, la propiedad y el control de importantes empresas. Además recurrió a subsidios y controles con propósitos de redistribución o apoyo a ramas estratégicas de la economía. Pero de ninguna manera se propuso mellar o debilitar decisivamente la dependencia del vecino del norte. Tampoco hizo nada que trascendiera el carácter capitalista del desarrollo ni siquiera en la época de Lázaro Cárdenas. En los años de 1960, la inversión estadounidense controlaba cerca de 50% de la riqueza nacional, poseía más que todos los otros extranjeros y la inversión pública y privada mexicana combinados.<sup>13</sup> Pero la estructura de sus propiedades no era ya la tradicional y en lo que respecta a las inversiones directas anuales, el capital privado mexicano representaba 50%, el público, 45% y el capital extranjero, sólo 5%.<sup>14</sup> Aquí vemos reflejadas tendencias nuevas, pero sumamente lentas hacia una economía más autónoma. Al final de cuentas, esas tendencias fracasaron lastimosamente. Las importaciones de Estados Unidos representaban 72% y las exportaciones a este país eran de 70% u 80% del total. Esta última tendencia a depender de un solo mercado se mantuvo durante y después de la Revolución sin cambios importantes. Lo mismo podemos decir acerca de la composición de las exportaciones en 1958, las materias primas representaban 46.8% de las exportaciones y los alimentos 34.1%; si a eso sumamos los combustibles y lubricantes minerales, obtenemos 86.3%. En las importaciones 40% eran bienes de capital y 30% materias primas semiprocesadas para la industria.<sup>15</sup> Esto refleja las exigencias del modelo adoptado de sustitución de importaciones y también sus limitaciones que al final resultaron mortales.

Pasemos ahora a la reforma agraria, que con todo y sus limitaciones representa la joya de la Revolución, sin olvidar que ésta nunca fue una dádiva desde arriba y que siempre estuvo precedida o acompañada por la acción violenta o pacífica, organizada o espontánea, de los campesinos agraristas.

<sup>13</sup> Brandenburg, *op. cit.*, p. 214.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 216.

<sup>15</sup> Howard F. Cline, *Mexico Revolution to Evolution 1940-1960*, Londres, Oxford University Press, 1971.

En 1910, cuando estalló la Revolución mexicana, un pequeño grupo de hacendados —menos de 1% de la población— poseía 97% de la tierra. Los hacendados tanto mexicanos como extranjeros vivían frecuentemente en la capital o la ciudad provincial. En la hacienda trabajaban obreros relativamente “libres” que carecían de vivienda, parcela y seguridad en el empleo. Además, había campesinos en calidad de peones acasillados, aparceros, pequeños propietarios y rancheros. La Constitución de 1917 en su artículo 27 recogió sus demandas. De 1916 a 1920 se hicieron 334 dotaciones de ejidos, a las cuales hay que sumar tres o cuatro millones de hectáreas que los campesinos habían ocupado directamente.<sup>16</sup>

Desde el gobierno de Obregón, el espíritu radical del artículo 27 fue sustituido por una política que ponía el acento en el desarrollo de pequeñas o medianas parcelas y eludía la cuestión de la eliminación de la hacienda. Entre 1917 y 1934 se repartieron 11 millones de hectáreas a unos seis mil ejidos que albergaban casi un millón de ejidatarios. Estos repartos no resolvieron el problema. Los campesinos, actores principales de la revolución, no lograron durante este largo periodo la satisfacción a sus demandas. La mayoría no habían recibido tierras y quienes las obtuvieran carecían de recursos para explotarlas. Durante el gobierno de Cárdenas, entre 1934 y 1940, se repartieron 20 millones de hectáreas en 11 mil ejidos habitados por cerca de un millón de ejidatarios que recibieron en promedio 25.8 hectáreas. Para realizar esta hazaña, Cárdenas recibió el apoyo de los campesinos a quienes llegó incluso a armar. Por un instante, la orientación de la transformación agraria mexicana cambió. El ejido colectivo y la comunidad llegaron a ser una orientación prioritaria, pero ese cambio no tuvo el tiempo para consolidarse y rápidamente fue subvertido desde el Estado y los círculos empresariales nacionales y extranjeros. Otro cambio, quizás no deseado, se produjo en el mismo tiempo: el número de minifundios de menos de cinco hectáreas aumentó en 61% y su superficie en 136 por ciento.<sup>17</sup>

Treinta años después de iniciada la Revolución, en 1940, la concentración de la propiedad agrícola se mantenía, las propiedades de más de mil hectáreas (301 de ellas de más de 40 mil hectáreas) que sólo representaban 0.3% de los predios, contaban con 60% de la propiedad territorial. A partir de ese año las distribuciones de tierra se redujeron considerablemente, los sistemas de riego y la ayuda en abono se concentraron preferentemente en las zonas de propiedades grandes y medianas. El poder caciquil se constituyó en un elemento decisivo en la formación del partido gobernante y la explotación de los campesinos ejidatarios o minifundistas. Las relaciones de

<sup>16</sup> Esteva, *op. cit.*, pp. 35-37.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 42.

fuerza a nivel local se alteraron rápidamente y la pobreza y el fracaso vinieron a ser el destino de la mayoría de los campesinos. Las reformas constitucionales de 1947 bloquearon las demandas campesinas de tierras y estimularon la inversión privada en el campo. Pero desde el punto de vista del desarrollo de una agricultura capitalista, el resultado de esas políticas contradictorias fue impresionante. Crecieron la producción agropecuaria, el crédito agrícola, las zonas de riego y la población urbana. La balanza comercial, agropecuaria y forestal fue durante casi 30 años positiva.

Pero las agroindustrias transnacionales no tardaron en imponer la orientación de la nueva dinámica a sus intereses, integrando el nuevo modelo de economía agropecuaria a la producción internacional. En cuanto a los niveles de vida de los campesinos podemos decir que todavía en los años de 1960, la pobreza, el analfabetismo y la falta de servicios de salud seguían siendo, pese a la demagogia oficial, elementos esenciales en sus vidas.

En 1940, 56.6% de la población ocupaba viviendas que no disponían de agua potable. Las viviendas rurales no tenían equipo para el baño. La gente solía bañarse en ríos o lagunas. Las máquinas lavadoras eran desconocidas. En las zonas rurales casi 90% de las viviendas carecían de sistemas de alcantarillado. En una época en que ya en Estados Unidos había un aparato telefónico por cada 6.3 habitantes, en México el promedio era de uno por cada 110. En el Distrito Federal se encontraban 55.1% de los teléfonos y en el estado de Guerrero había uno por cada 9 772 habitantes. Respecto al vestido en las zonas rurales, sólo 38% usaba zapatos, 29% huaraches y 32% iban descalzos.<sup>18</sup> En 1950, 40% de los mexicanos eran totalmente analfabetas, en el campo el porcentaje llegaba a 50%; de la población rural 93.2% sólo había cursado hasta el tercer año o menos de primaria y 6.8% había terminado el sexto grado.<sup>19</sup> Muchos de ellos eran analfabetas funcionales. Ésta era la situación de los campesinos, 30 o 40 años después de iniciada la Revolución, y la agricultura comercial dominada por propietarios grandes y medianos y por compañías imponía su dominio en la mayoría de las ramas agropecuarias.

Pero hay un aspecto en el cual la revolución produjo cambios muy profundos y ése fue en la ideología y la cultura nacional. La conciencia de que el pueblo de México era amo de su propio destino, la desaparición del miedo a Estados Unidos, el temor siempre presente de una intervención, de intentos de absorción que pesaban sobre los mexicanos se fueron disol-

<sup>18</sup> Nathan Whetten, "México Rural", en *Problemas Agrícolas e Industriales de México*, núm. 2, vol. V, México, abril-junio, 1953, pp. 202-242.

<sup>19</sup> Cline, *op. cit.*, pp. 198-209.

viendo. El sentimiento de inferioridad heredado de la guerra de 1847 y de las agresiones subsecuentes perdió terreno durante la Revolución. La enconada resistencia de Carranza, que no cedió ante amenazas, persuasiones y consejos, la política exterior independiente, la nacionalización del petróleo y otras ramas básicas se transformaron en símbolos de independencia y soberanía. La victoria sobre la dictadura, la participación de miles de mexicanos en un movimiento rebelde armado produjo también un cambio en la actitud hacia el poder del Estado y los caciques que perdieron su supremacía y se vieron obligados a ganar en nuevos términos el apoyo de los ciudadanos. Durante el *caudillismo revolucionario* los gobiernos se propusieron reconstruir la nación, regenerar a México y a su pueblo en términos modernos. Una nación organizada

[... ] en favor de los obreros y campesinos estaba en construcción. Un cambio de espíritu estaba en construcción, a muchos niveles los líderes revolucionarios impulsaban el idealismo en la organización popular, las escuelas rurales laicas y redistribuían la tierra. Durante los años treinta, bajo el efecto de la Gran Depresión, el movimiento popular se volvió más radical y presionó a la “familia revolucionaria gobernante”. El anticlericalismo y la renovación cultural se generalizaron. La utopía dominante en sus muchas variedades era la de una nación agrícola compuesta por comunidades campesinas democráticas. En las antiguas plantaciones de algodón, azúcar, henequén y café, la organización colectiva dominaría y la empresa sería administrada por todos sus miembros. Las cooperativas de consumo y de producción ayudadas y financiadas por el crédito público, las escuelas rurales y las normales transformarían a los peones en agricultores modernos y mexicanos patriotas. El campo así concebido sería abastecido por una combinación de empresarios mexicanos, cooperativas y para industrias básicas, estatales. Los sectores en manos extranjeras serían nacionalizados. Poderosos sindicatos protegerían los derechos de los trabajadores, los servirían con centros deportivos y culturales transformando a los súbditos sumidos en la pobreza en ciudadanos conscientes. Todos estos sectores serían incluidos en un partido único en el cual negociarían sus diferencias y elegirían a sus representantes para los gobiernos locales y nacionales. Sin embargo, como hemos visto, poderosas fuerzas estaban carcomiendo este ideal. Mucho del discurso siguió presente y nuevas generaciones entraron en el gobierno para servir al pueblo, pero la realidad los desanimaba rápidamente.<sup>20</sup>

La cultura conoció cambios similares. Surgió un mundo completamente diferente al que predominaba en el Porfiriato. Una cultura de inspiración

<sup>20</sup> Benjamin, *op. cit.*, pp. 468-470.

popular, diversa pero nacionalista en todas las artes. Combativa, dirigida contra viejas tradiciones hasta entonces intocables e imbuida en esperanzas de un mundo nuevo para toda la humanidad y para los mexicanos. Tema prominente en el discurso de prácticamente todos los artistas era crear una obra accesible para todos en contenido y en forma. Rivera, Orozco y Siqueiros, entre muchos otros pintores brillantes, promovieron el muralismo. El arte folklórico conoció un despertar vigoroso envolviendo a artesanos y artistas en obras conjuntas. José Vasconcelos fue secretario de Educación Pública en 1921-1924 y llegó a proclamar más tarde que su labor se inspiraba en el comisario para educación del gobierno de Lenin, Anatoli Lunacharsky, aunque no compartía su ideología. Los grandes muralistas tuvieron muchos muros de edificios públicos para pintar y adquirieron gran fama fuera de México. Artistas como Francisco Goitia, Antonio Ruiz y Miguel Covarrubias, entre otros, produjeron obras de gran valor artístico. Manuel Álvarez Bravo y Tina Modotti se distinguieron en la fotografía. Surgieron revistas literarias de vanguardia como *Contemporáneos*, *Horizontes* y *Ulises*. Javier Villaurrutia y Salvador Novo se distinguieron en la nueva poesía y el teatro. Nació la novela de la Revolución mexicana con Mariano Azuela, que se hizo famoso internacionalmente con su novela *Los de abajo*. Crítico de la naturaleza humana y de los revolucionarios, dijo alguna vez: “mi amargura está dirigida contra los hombres, no contra la idea, los hombres que lo corrompen todo”. Martín Luis Guzmán, con *El águila y la serpiente*, que es una especie de memoria de su vida revolucionaria y sus memorias de Pancho Villa, se distinguió como uno de los narradores más brillantes de la época. Agustín Yáñez, con *Al filo del agua*, describió la vida de aldea enfatizando su carácter opresor.

Desde los años treinta comenzó a prosperar, pese a la cercanía de Hollywood que ya producía películas en español, una activa industria fílmica. Un gran público popular se constituyó, llenando las salas, las carpas y las plazas aldeanas donde se exhibían las películas. Muchas veces la principal sala pública de las pequeñas ciudades era el salón de cine, el símbolo de la modernidad, pese a que se mantenían las diferencias de clase con boletos de precios variados para la misma función. La película ranchera, tributo a la clase media rural que había hecho la Revolución, se transformó en un género popular en toda América Latina: *Allá en el Rancho Grande*, *Así se quiere en Jalisco*, protagonizaban a valientes pero leales rancheros y militares envueltos en complicaciones románticas con doncellas hermosas e inocentes, no sin la presencia de padres autoritarios y suegras celosas. Tampoco faltaron las películas históricas, mientras Cantinflas personificaba a un nuevo tipo de mexicano, el peladito urbano de origen campesino, que alcanzó gran éxito. Y por fin las películas sobre la Revolución como

¡*Vámonos con Pancho Villa!*, *Río Escondido* y muchas otras que alcanzaron un éxito menor en su tiempo, sólo después se hicieron populares. La nueva vida urbana encontró expresión en películas como *Nosotros los pobres* y *Ustedes los ricos* y el charro cantante se transformó en un personaje central. Las películas de la época encontraron una resistencia empeñada en los medios conservadores que veían, en la exposición de las mujeres en escenas de amor o incluso como trabajadoras y empleadas, un reto al buen gusto y la tradición. Los católicos protestaban contra las imágenes blasfemas de Diego Rivera, encapuchaban la estatua de Juárez en la Alameda de la ciudad de México, se negaban a usar los nombres revolucionarios que los gobiernos daban a calles y plazas. La Iglesia Católica catalogaba las películas en una gaceta que se repartía en las misas.

La recepción popular de la Revolución con sus héroes y villanos, con sus generales bigotudos y con sus historias de dignidad y brutalidad caló hondo en el ánimo popular y sigue poblándolo, pese a todos los intentos para deterrarlo.